

# LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 97

Administración: Cristóbal Bordiu, I, Madrid

1.º de Julio de 1902

## La cuestión social en el Ateneo de Madrid

Son colectivistas los actuales socialistas autoritarios, y el colectivismo ha defendido el Sr. Vera. ¿Es posible el colectivismo sin la propiedad individual? ¿Es posible la igualdad económica en el colectivismo? Creemos que no. ¿Por qué? La fórmula colectivista es: á cada uno según sus obras; dése al hombre el producto íntegro de su trabajo, ó entréguesele el trabajo en sí cuando es individual ó su equivalencia cuando es colectivo.

Los anarquistas á esta fórmula de la sociedad le encontramos los siguientes defectos: No sólo hay individuos que trabajan y ahorran más que otros, sino que los hay que *pueden* trabajar más que los demás y *pueden* ahorrar más que los demás, también, no tanto por una necesidad social, como por una necesidad orgánica. El hombre, todas las personas, representamos una fuerza, una energía física más ó menos importante y que es una riqueza heredada de nuestros padres y en cuyo tesoro poco ó nada hemos puesto nosotros. Por lo tanto, somos ricos de energía física ó cerebral independiente de nuestra voluntad, y merced á esta energía podemos desarrollar más ó menos fuerza en las funciones sociales á que nos dediquemos. Así, pues, podemos producir más ó menos, también independientemente de las necesidades de la colectividad y de las leyes que pueden regirla. Pues si el que trabaja más que otro ha de recibir mayor premio por su trabajo, este premio ahorrado, es decir, este producto del trabajo ahorrado constituirá la propiedad privada, y la igualdad económica no será posible, produciéndose al poco tiempo la supremacía política que hoy vemos en manos del rico precisamente por su riqueza.

Por manera que en el colectivismo, la propiedad individual vuelve á surgir como una consecuencia de la riqueza física que heredamos de nuestros antepasados y que nos sirve para adquirir la fortuna exterior que hoy divide á los hombres. Que seamos ricos porque podemos serlo por nuestro propio esfuerzo, abusando de las leyes naturales, ó que lo seamos por el esfuerzo ajeno, abusando de las leyes sociales, el hecho es que la propiedad individual existe en el colectivismo y que acumulando esta propiedad se formarían de nuevo los grandes capitales, á no ser que el Estado expropiara continuamente al hombre ó á la familia que más produjera; pero en este caso el colectivismo no otorgaría á los hombres el producto íntegro de su trabajo. Por otra parte, si cada uno ha de recibir el trabajo que realiza ó su equivalencia, ¿de donde se sacará lo necesario para alimentar á los ancianos, cuidar á los enfermos y mantener á los inútiles? No podrá sacarse del fondo común, porque no habrá fondo común, no podrá haberlo, toda vez que cada cual se llevará íntegro el producto de su trabajo. De consiguiente, el colectivismo produce la propiedad privada y desampara á los que, por una ú otra causa, nada pueden producir.

Si para ayudar á éstos el colectivismo impone la solidaridad y el productor deja un tanto por ciento de su trabajo, el producto no entrará íntegro en casa del obrero y se convierte el socialismo en una asociación de pobres y ricos, donde sería menester la caridad ó habría de convertirse en un comunismo. Al comunismo conducen estas consideraciones á toda persona de espíritu justo y á sustituir la fórmula: á cada uno según su trabajo, por la de cada uno según sus necesidades. El hombre fuerte, el hombre joven, el anciano, el niño y el enfermo que produzcan lo que puedan y tomen lo que necesiten. Así creemos los anarquistas establecer la verdadera igualdad económica, y no mantener á los enfermos y ancianos por una obra de caridad, sino por una obra de justicia. Todos tenemos iguales derechos á la vida; todos debemos tener el mismo derecho al producto común y á la propiedad común. ¿Queréis más solidaridad? El que tiene acumulado en su organismo centenares de kilogramos de fuerza física, que produzca para aquel que nace pobre físicamente. ¿Le imponemos una obligación? No; porque tan necesario le es la actividad al rico de fuerza orgánica, como necesario le es el reposo al pobre de esta misma fuerza. Además de que, como queda expuesto, el equilibrio físico va estableciéndose gracias á los esfuerzos de la higiene, de la pedagogía y de la modificación social que está realizándose en las actuales instituciones.

Los que no han estudiado fisiológicamente al hombre, oponen á nuestra fórmula social la existencia de los holgazanes, de los que no quieren trabajar. Ignoran los que así piensan que es más fácil morir del mal de no hacer nada que del de trabajar demasiado; ignoran, asimismo, que uno de los castigos más crueles de la antigüedad consistía en condenar al reo á la inactividad absoluta. Si la actividad es condición de vida y necesidad fisiológica, ¿cómo podrán existir los holgazanes cuando el trabajo no sólo sea libre, sino elegido por nuestra natural inclinación; cuando podamos trabajar en aquello que nos plazca, que será indudablemente la profesión ó el arte que atraerá más nuestras condiciones individuales? Precisamente porque no creen en la solidaridad humana adoptan los socialistas autoritarios el sistema colectivista, que es un reparto de premios para el que trabaja y de castigos para el que deja de hacerlo, como hemos visto. Consideran los socialistas autoritarios que para que el hombre trabaje necesita el temor de morir de hambre, como creen los católicos que para que el hombre sea moral necesita el temor del castigo. De ahí el aforismo: A cada uno según sus obras; el producto íntegro del trabajo. Y no contentos con estas amenazas, establecen aún los castigos y las obligaciones por medio de las leyes. ¿Qué falta les hace la solidaridad que tanto ponderan, si obligan al hombre á cumplir sus deberes por la fuerza? Porque no creemos en la eficacia de esa fuerza, y la práctica de muchos siglos nos demuestra que hacemos bien en no creer en ella, puesto que á pesar de la ley y de los castigos, ó quizá por ellos, el hombre delinque, confiamos en la eficacia de la solidaridad humana. El sentimiento del apoyo mutuo se conserva vivo, muy vivo en el hombre, á pesar de que actualmente el robo y la explotación, merced á los cuales acumulamos medios de vida, debilitan en nosotros los grandes ideales de humanidad y de justicia.

Porque esto creemos y pensamos los anarquistas, el Sr. Vera nos llama organismos regresivos, cabezas destornilladas, utopistas, manada de locos que queremos retrotraer á la humanidad á los tiempos bárbaros; dice el Sr. Vera de nosotros los anarquistas lo que los economistas y sabios burgueses dicen de los socialistas y del socialismo, sin que ni á unos ni á otros se les alcance que por algo más que por ser esclavo de los otros, dependiente de los otros, dirigido por los otros, debe tener el hombre pensamiento y debe ser el más perfecto de los seres.

La intolerancia y el fanatismo llega hasta el punto de no dejar concebir que cuando hombres de tan claro talento como son algunos anarquistas y de tanto saber como reúnen otros que sustentan las ideas libertarias, es preciso que en la anarquía haya algo más que una aberración mental ó que un iluminismo. Cuando menos, lo que estos hombres deben inspirar es respeto.

El socialista no puede llamar loco al anarquista por varias razones; en primer lugar, porque el calificativo es viejo y está gastado en materias científicas; locos fueron muchos que la religión venera y que la ciencia admira; y en segundo término, porque los socialistas corren el peligro de merecer igual nombre de los que no conciben una sociedad mejor organizada que la presente. Por otra parte, dos de los pocos hombres españoles que han merecido ser tenidos en cuenta en el extranjero, creen que la humanidad puede vivir sin leyes coercitivas, escritas, y que el hombre puede gobernarse á sí mismo. Y esto bien merece un poco de atención y otro poco de respeto, porque no vamos á llamar locos á todos los que no piensen como nosotros; el argumento sería demasiado cómodo para surtir efecto, y sería, sobre todo, poco eficaz cuando va dirigido contra una clase de gente que devuelve todas las pelotas.

No queremos citar á ningún anarquista militante de España, ni siquiera al señor Medinaveitia, que no tenemos el gusto de conocer como anarquista, y que para nosotros se ha revelado en esta contienda, á pesar de que por su ciencia médica el Sr. Medina-veitia bien pudiera detener la prodigalidad de ciertos adjetivos y abrir los ojos de la razón á los que han puesto encima de la palabra anarquía, la de degenerados y locos, para salir del paso más fácilmente. Citaremos á dos personas que, por la circunstancia de no haber intervenido en esta discusión, no se han creado antagonismos, y que por su fama de sabios, aquí y en todas partes, no podrán ser llamados locos sin que la risa ó el desprecio de los presentes haga volver atrás la palabra que aquí se ha puesto tan en boga. Se trata de D. Francisco Giner de los Ríos y de D. Pedro Dorado. Estos dos señores han dicho, el uno, que la humanidad puede vivir sin leyes, y el otro, que día ha de venir en que el hombre se gobierne á sí mismo; oigamos al primero:

«A esta escuela sí que se puede confiar la obra profunda que era excesivo esperar de la antigua: obra de educación y elevación integral del pueblo, de edificación interior, de unidad del espíritu, desgarrado hoy por frecuentes abismos entre la idea y el sentido ético; con lo cual se irán atenuando las formas todas de la brutalidad en el mundo, agresivas ó astutas, cónicas ó violentas: la guerra, el motín, la insurrección, la esclavitud de la mujer, la explotación del hombre por el hombre... infinitas; y entre ellas, *el delito, síntoma del estado de inferioridad del sujeto para gobernarse á sí propio, desenvolver libremente su personalidad superior* y adaptarse á una vida verdaderamente humana.»

Por lo tanto, según D. Francisco Giner de los Ríos, *se van atenuando las formas todas de la brutalidad, y el hombre podrá gobernarse á sí propio sin que existan los delitos.* Lo cual quiere decir, que los hombres futuros vivirán sin leyes, porque no se comprende un estado social con leyes sin alguien que las haga cumplir, ya que si no hubiese nadie que las hiciera cumplir y se cumpliesen, serían innecesarias; y mientras haya alguien que haga cumplir las leyes, *el hombre no se gobernará á sí mismo.*

El catedrático de Salamanca es más explícito aun; fíjense bien:

#### «¿QUIÉN VIGILA Á LOS VIGILANTES?»

El gran argumento, el formidable, con que suele defenderse la organización social autoritaria es el siguiente, vulgarísimo, al alcance de cualquiera, el mismo, después de todo, que llevó á los partidarios del pacto social (que á fines del siglo anterior y co.

mienzos del presente (1) lo eran casi todos los escritores de lo que hoy llamamos materias sociales y políticas, como también lo habían sido, en el fondo, muchos de los siglos XVI y XVII) á formular su teoría: «Sin la autoridad se haría enteramente imposible la vida social; los hombres, lejos de respetarse y auxiliarse mutuamente, se destrozarían los unos á los otros como lobos, según ya dijo Hobbes (2); no habría ningún bien seguro, ni la vida, ni la libertad, ni la propiedad, ni el honor. La agrupación de los hombres no sería sociedad, sería un caos.»

Claro que semejante razonamiento no es muy aceptable, y no lo es ni siquiera por parte de aquellos mismos que de él se sirven, los cuales lo emplean *ad extra*, podríamos decir, ó lo que es igual, con respecto á otros, mas no con respecto á ellos. ¿No les vemos brincar de cólera y protestar contra las «abusivas ingerencias del poder público» cuando éste, en uso del derecho que ellos mismos, sus defensores, le han concedido y reconocido previamente, legisla sobre alguna materia en sentido que á ellos no les peta, verbi gracia, lesionando sus «legítimos» intereses? ¿No dicen entonces que el gobierno de los asuntos concernientes á aquel orden no le corresponde á nadie más que á ellos, que pueden hacer lo que bien les venga, sin temor de que hayan de usar de un modo inconveniente ó ilícito de sus facultades discrecionales? ¿Y no se ponen furiosos si alguien les dice que el Código penal y las demás leyes represivas han sido publicadas para ellos igual que para todos, porque á falta de tales leyes, ellos y todo el mundo harían buena la sentencia de Hobbes: «el hombre no es más que un lobo para el hombre», y se convertirían en asesinos, ladrones, estupradores, falsarios, etc.? ¿No dicen en tal caso lo que no está en su pensamiento cuando hablan de la necesidad en general de las leyes y de las autoridades, esto es, que las mismas «no han sido puestas para el justo, sino para los injustos y para los desobedientes, para los impíos y pecadores, para los malos y profanos, para los parricidas y matricidas, para los fornicadores, para los sodomitas, para los ladrones de hombres, para los mentirosos y perjuros», según lo dice el mismo San Pablo (Ep. á Timoteo, 1, 9 y 10), y con él muchos otros escritores, españoles entre ellos (como Cerdán de Tallada, por ejemplo, siglo XVI); y que ellos no son ninguna de estas cosas, sino que, antes bien, su espíritu pertenece al de aquellos escogidos que, como San Francisco Javier, no quieren á Dios únicamente porque éste les haya «prometido el cielo», ni dejan de ofenderlo por miedo al «infierno tan temido»? No es preciso decir que el número de estos protestantes, de estos que á sí mismos se tienen por «espíritus selectos», es grandísimo, mientras es insignificante comparativamente el de los injustos, pecadores, parricidas, etc., del apóstol; ni hay que añadir tampoco que aun estos injustos, aun los más malos de los hombres, practican la casi totalidad de sus actos (paseos,

(1) Téngase en cuenta, para los efectos de las fechas, que este artículo se publicó en el número 30 de LA REVISTA BLANCA, perteneciente al siglo anterior.

(2) El cual, supongo yo que lo que quiso decir, aunque no lo dijo, ó lo que debió decir, es que en el estado presocial los hombres se comportaban entre sí, no como lobos, sino como éstos se comportarían con los corderos en caso de que todos ellos vivieran juntos; pues todo el mundo sabe que «los lobos no se muerden unos á otros», como en general no se hacen daño ni se acometen recíprocamente los individuos de una misma especie (salvo el hombre, el «rey de la creación», hecho «á imagen y semejanza de Dios»; el hombre, que, por esto y por otras cosas, resulta el más cruel de todos los seres; ninguno de éstos hace uso, en efecto, de los martirios y de los refinamientos de tortura que con sus semejantes se ha complacido y sigue complaciéndose en emplear el hombre, hasta añadiendo, para mayor escarnio, que lo hace en nombre de la justicia y para dar á ésta satisfacción!). Cabalmente por eso es por lo que las gentes, empleando un símil muy gráfico, para expresar las confabulaciones y sindicatos de los fuertes y poderosos contra los débiles, contra los corderos, sobre quienes ejercen sus operaciones y entuertos de toda clase, suelen decir de ellos que «son lobos de la misma camada».

compras, saludos, pagos, préstamos al vecino, viajes, etc., etc.) de su propia espontánea voluntad, sin que les fuerce nadie á realizarlos, sin que haya ley que se los imponga, como se abstienen voluntariamente también de ejecutar otros que resultarían nocivos para sus prójimos. ¡Infeliz del gobernante si su tarea fuese la de dirigir á seres inertes que, como las piedras, no se moviesen sino á la fuerza y á empujones!

Pero prescindamos ahora de este género de observaciones y demos por supuestas la verdad y la exactitud del referido razonamiento. Los que de él se sirven para defender la necesidad de la autoridad y de la ley no podrán menos de hallarse con el siguiente tropiezo: Y á ellos ¿quién los vigila? Es decir, ¿quién empuja á la autoridad para que obre, y quién tiene levantado el látigo sobre ella para que no se desmande y se convierta en un lobo para sus semejantes? De no considerarla impecable (como tuvieron que hacerlo, agobiados por la pesadumbre del problema, Hobbes y Demaistre, por ejemplo), ó estimar que sus órganos eran de naturaleza distinta que la de los hombres, superior á la de éstos (como sucedía cuando los reyes ó caudillos eran considerados de estirpe divina ó semidivina, semidioses ó héroes), forzoso era buscar el modo de poner trabas y frenos á las autoridades y de pedirles responsabilidad, caso de que cometieran abusos.

La obra toda del constitucionalismo se ha encaminado á este fin. Todó el afán de los constitucionalistas ha consistido en crear un «Estado jurídico» (un *Rechtsstaat*, dicen los alemanes), que mejor sería llamar *Estado legalizado* (*Gesetzstaat*); es decir, un Estado en que no exista acto ninguno que no se halle previamente regulado por la ley, un Estado cuyos órganos todos tengan perfectamente trazada su esfera de acción por la Constitución y las leyes, de tal suerte, que ninguno de ellos, desde el más alto al más bajo, desde el rey al último funcionario, estén imposibilitados de hacer mal. En Inglaterra, el país clásico del sistema constitucional, el que han tomado y toman por modelo en este orden todos los otros que pretenden ser libres, se dice que el rey no puede hacer mal á nadie (*the king can do no wrong*), no porque sea impecable, como decía Hobbes, sino porque la ley le tiene atados los brazos de tal mangra, que le es imposible moverse, ó moverse de otra manera que por máquina. «El rey reina y no gobierna», hemos dicho con B. Constant en el continente, traduciendo á otros términos el sentido de la frase inglesa. Y esta imposibilidad de dañar, que se quiere acompañe al rey, se ha querido que acompañe igualmente á todos los funcionarios del Estado, á los que se ha pretendido por eso convertir en autómatas que puedan moverse para el bien, no para el mal. De aquí todo el conjunto de garantías legales, de equilibrios y contrapesos que forman el tinglado constitucional en los «países libres». Tinglado con el que continúan, á veces bajo la misma forma, á veces con otra algo distinta, los mismos males y las mismas arbitrariedades y opresiones que antes de que hubiera constitucionalismo, con la diferencia de que entonces no pasaba lo que ahora, pues entonces esa opresión y esa arbitrariedad no se realizaban, como al presente sucede, «al amparo de la Constitución y de las leyes», ó lo que es igual, á mansalva y sobre seguro, pues ya se sabe que «el que hizo la ley hizo la trampa», y que la ley no es más que un instrumento del que los que lo manejan hacen lo que quieren sin responsabilidad.

Precisamente por esto ha sido criticado y combatido el constitucionalismo, con no poca fortuna, por sus adversarios, principalmente por los que, desengañados de él, preconizan la vuelta al antiguo régimen. Los cuales aseguran, no sin razón, que con tanta Constitución y tanto legislar, nada de lo que esperábamos hemos conseguido, porque no hemos aumentado nuestras libertades ni nuestros derechos, ó los hemos aumentado sólo aparentemente y en perjuicio. Pero estos tales no proponen como remedio la supresión

de las leyes, de los mandatos y de la obligación coactiva para todos, sino sólo para los de arriba, para los que mandan y gobiernan. Á su juicio, el régimen autoritario es imprescindible para la generalidad de los ciudadanos, los cuales no son capaces de cumplir sus obligaciones sino á la fuerza, y gracias al acicate del miedo; es más: los defensores de este punto de vista suelen ser los más ferozmente autoritarios; en cambio, con respecto á los vigilantes, á los gobernantes, á los que mandan, creen que no ha de exigírseles sino garantías morales, debiendo tener los sometidos á ellos confianza en su rectitud interna, en su buena voluntad y propensión al bien, en su amor á sus súbditos, aun cuando se trate de individuos depravados, de soberbia insoportable (á que tan dados son los que por azar se encuentran en las alturas, ó aquellos á quienes la suerte les ha favorecido para escalarlas), ineducados en el sufrimiento y la contrariedad, dados á exigir obediencia ciega, y desconocedores de lo que es la vida de los de abajo, de los humildes.

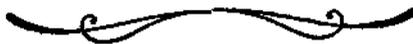
Ahora bien; yo no voy aquí á discutir este punto de vista; me voy á contentar con hacer la siguiente pregunta: esa confianza que se tiene y se debe tener en que los de arriba no han de hacer mal uso de las facultades discrecionales que les corresponden, y que es la garantía única de su obrar, ¿no cabe tenerla con respecto á todo el mundo? ¿Por qué no, en caso de que la pregunta anterior se resuelva negativamente? ¿No somos todos hijos del mismo padre Adán, hermanos en él y en Jesucristo, dotados de la misma naturaleza? ¿O es que todo esto no son más que palabras, y nos siguen dominando las concepciones antiguas, anticristianas, que dividían á los hombres, por naturaleza, en castas, ó que veían una dualidad irreducible, con Aristóteles, entre señores y esclavos, autoridades y súbditos, hechos unos para mandar y para mandar nada más y siempre, y otros para obedecer nada más y siempre? Y de no ser esto así, pregunto de nuevo: ¿cómo nos las arreglaremos para vigilar á los vigilantes y encauzar forzosamente su actividad por el buen camino, cuando ellos no la dirijan por él *de su bueno á bueno*?

La doctrina es bien clara; Pedro Dorado afirma su fe en una sociedad sin poderes, gobiernos ni leyes escritas; anarquismo puro. Que sepamos, ninguno de los dos catedráticos citados está loco; al contrario, ambos son leídos y admirados en España y en el extranjero; cosa que, por cierto, no les ocurre á muchos de los que llaman locos á los anarquistas.

Para aquellos caracteres morales y para sus ideas, si no para nosotros, que estamos día y noche en la brecha combatiendo á los que atacan la anarquía y á los anarquistas, y que merced á esta lucha continua hemos perdido la consideración del adversario, y más que de otros, del adversario socialista, pedimos respeto; pedimos que se nos crea por nuestros actos, por la serenidad con que hemos oído cómo se nos llamaba criminales y enfermos, y por la atención que á todos hemos prestado; por todo eso pedimos, repetimos, que se nos considere de juicio tan sano, por lo menos, como el Sr. Vera, al cual, sin embargo, ofrecemos nuestra cabeza para que la junte con la suya y las mande á un médico del sistema nervioso que no sea socialista, porque en este caso la pasión le ofuscaría la razón.

Hemos terminado.

SOLEDAD GUSTAVO y FEDERICO URALES.



## LOS HUMANITARIOS



- Oye, papá, ¿qué le pasa á esa pobre mujer?  
—Que la he tenido que echar de la casa porque no me ha pagado los tres duros del cuarto  
—¡Pobrecilla! ¡Y qué muebles tan pobres tiene!  
—Anda, anda, no me entretengas, que he de ir á presidir la sesión de la Sociedad de Hermanitos de los Pobres.

## CRÓNICA CIENTÍFICA

*Las causas del volcanismo.—Hipótesis astronómica.—Observaciones de sir Norman Lockyer.—Trabajos del capitán Delauney.—Periodicidad relativa de las grandes sacudidas.—Los sismógrafos.—Hipótesis del levantamiento y de la infiltración del núcleo fluido interno.—Teoría termodinámica.—Un nuevo motor de olas.—Las vibraciones sonoras y la sordera.—La enfermedad del sueño en el Uganda.—El suero de la vejez.—Los gusanos intestinales y la apendicitis: ideas de MM. Metchnikoff y Matignon.—Bibliografía: El desarrollo de los niños.*

En Londres se ha constituido una comisión científica, de la cual forman parte el profesor Anderson, de la *Royal Society*, y el Dr. Flatt, del *Geological Office*, para ir á las Antillas á estudiar las causas del volcanismo y ver si es posible formular una teoría definitiva del fenómeno.

Las hipótesis no faltan; pero hasta el día ninguna ha logrado reunir la unanimidad de los súfragios, y aparte de las que expondremos á continuación, acaba de formarse una que atribuye el fenómeno á causas astronómicas. El profesor Serviss no cree que la atracción lunar, que tan poderosamente contribuye al fenómeno de las mareas, carezca de influencia en la producción de las erupciones volcánicas, y el astrónomo sir Norman Lockyer, director de la revista inglesa *Natura*, ha escrito un artículo muy documentado en el *Times*, tratando de establecer una relación entre las erupciones volcánicas más desastrosas y las fechas del maximum y del minimum de las manchas solares. Las erupciones de Soa, de Formosa, del Vesubio y de San Tomás en 1867 corresponden á un minimum, y las de 1871, de que sufrieron cruelmente San Vicente y la Martinica, corresponden á un maximum. A un maximum corresponde también el cataclismo de Krakatoa en 1883.

Podrá ser simple coincidencia; pero observemos que la teoría que atribuye á los fenómenos volcánicos una causa astronómica no es tan nueva como parece: en 1879, un oficial francés, M. Delauney, capitán de artillería, basado en consideraciones de orden astronómico, dirigió á la Academia de Ciencias de París una nota en que estaban designados diez años, tomados en el último cuartó del siglo XIX, como objeto de grandes terremotos.

La Academia ni siquiera se dignó formular dictamen sobre la nota del capitán, pero como el autor de la nota indicaba otras fechas, entre las cuales la de 1902, que acaba de confirmar sus previsiones, la del mes de Julio de 1883, como debiendo coincidir con graves terremotos, la catástrofe de Ischia y el inmenso desastre de Java, que tuvieron lugar en la misma época, revistieron de cierta autoridad las afirmaciones hechas cuatro años antes por M. Delauney, y los doctos académicos se vieron obligados á explicar su desdén, y al efecto se nombró una comisión por la Academia de Ciencias para examinar de nuevo la nota de Delauney.

M. Faye, presidente de dicha comisión, excusó á la Academia de este modo:

«El autor de la nota funda sus predicciones, primero sobre una serie de temblores de tierra, y después sobre *fenómenos astronómicos*, lo que supone una *idea preconcebida*

aun no verificada, á saber: los fenómenos que sobrevienen en los espacios celestes, pueden influir sobre la tierra de una manera muy directa.»

Como se ve, la teoría astronómica presentada ahora como nueva, fué ya enunciada en 1879 por M. Delauney; pero entonces pareció á los académicos tan hipotética, que no creyeron necesario discutirla.

Entre otros fenómenos astronómicos invocados por M. Delauney como siendo de los que ejercen influencia sobre los temblores de tierra y las erupciones volcánicas, se halla el paso del planeta Júpiter á través del enjambre de estrellas errantes hacia el mes de Julio de 1883. M. Faye hizo observar victoriosamente que en esto había un error de cálculo, puesto que Júpiter en la fecha indicada se hallaba distante de dichas estrellas; pero esa demostración, en nuestro concepto, si bien inutiliza uno de los datos, deja subsistentes los otros y no anula el conjunto de la teoría.

Por su parte, el secretario de la Academia, M. Bertrand, expone que las épocas señaladas por M. Delauney podían caer muy bien una vez sobre cualquier fenómeno notable, dada la frecuencia de los temblores de tierra, añadiendo que la época de 1883, sólo por pura coincidencia había respondido á las previsiones del autor, lo que puede ser muy bien, como también es cierto que la profecía para 1902-1903 ha tenido harta desgraciada realización.

En resumen, la Academia resuelve que la investigación de las leyes á que se hallan sujetos los temblores de tierra y las erupciones volcánicas corresponde á los geólogos y no á los astrónomos.

Estos temibles fenómenos se anuncian por ligeras trepidaciones ó por indicaciones del sismógrafo, insuficientes aún para evitar las grandes catástrofes; pero si por medio de procedimientos astronómicos se pudieran predecir con relativa exactitud sobre un trazado de líneas volcánicas que permitieran conocer los sitios amenazados, podría obtenerse una gran economía de existencias.

Inspirados en tan consoladora idea, nos atrevemos á esperar que la teoría astronómica de M. Delauney, renovada hoy por sir Norman Lockyer, sea estudiada con amor por geólogos y por astrónomos.

\*  
\*  
\*

Entretanto, se trata de sacar todo el partido posible del sismógrafo, sobre todo en el Japón, de donde nuestro colega y amigo George Weulersee, acaba de llegar poseído de un sentimiento de respetuosa admiración hacia el pueblo japonés, y describe del siguiente modo los aparatos empleados en Tokio:

«Unos registradores perfeccionados con largas palancas decuplicadoras, que trazan por sí mismas sobre los rodillos de papel que lentamente se desarrollan, sus vibraciones precipitadas, y lo que el sentido obtuso del hombre ni siquiera había sospechado, lo revelan esos sutiles aparatos; la perpetua vibración de la superficie terrestre. Desvanecida la concepción antigua del cielo, bóveda sólida donde estaban fijos los astros como clavos de oro; desechada la vieja teoría de la inmovilidad de la tierra en el centro del universo, tócale el turno del descrédito á la cándida creencia de que la corteza terrestre carecía de movimiento. El estudio de las vibraciones ha permitido prever en aquel país en cierta medida esas otras vibraciones extraordinarias, denominadas terremotos. Una combinación de sismógrafos directamente orientados, da apro-

ximadamente la distancia. En Tokio se han registrado sacudidas que se producen del lado del Asia Menor sin que los habitantes del país se enterasen.»

\*  
\*  
\*

No insistiendo más sobre la importancia de la teoría astronómica, ya que aun carece de la sanción oficial y de la opinión pública, he aquí algo sobre las otras teorías del volcanismo:

Hay una que ha gozado de gran crédito entre los geólogos: la de los levantamientos, creada por Humboldt y Buch y sostenida por Beaumont y Dufresnoy, abandonada hoy por hallarse en contradicción con la mayor parte de los hechos observados, y que no detallaremos porque sólo tiene ya valor histórico.

\*  
\*  
\*

La teoría de la infiltración, sostenida por M. Fouque y defendida recientemente en el *Corriere della Sera* por el geólogo Mariani, profesor del Musenon de Milán, atribuye la sucesión de los paroxismos á la penetración del agua del mar hasta el foco incandescente, la cual, por capilaridad, puesta en contacto con la masa fundida, se evapora súbitamente y determina, por la fuerte presión resultante, el ascenso de la lava en los volcanes.

\*  
\*  
\*

La hipótesis del núcleo fluido interno admite que los gases aprisionados en la masa fluida á favor de una temperatura excepcionalmente elevada, tiendan á escaparse conforme se vayan enfriando; como la tensión de esos gases se ejerce sobre una masa fluida muy poco líquida, puede determinar explosiones, y como su distribución en profundidad y su modo de llegada á la superficie no son forzosamente idénticos, el aspecto tan variado del fenómeno volcánico se explica satisfactoriamente.

\*  
\*  
\*

Según la teoría hidrotermal, la acción combinada del agua y del calor transforma las rocas en lavas. Citamos esta hipótesis, debida á M. A. Jullien, y de la cual se había hecho poco caso hasta el presente, porque hemos leído en un telegrama de New-York que se acaba de comprobar la existencia en la Montaña Pelada de enormes rocas fundidas, mezcladas con la lava, lo que justifica en cierto modo la suposición de M. Jullien.

\*  
\*  
\*

En Inglaterra, sir Robert Mallet, ha formulado la teoría termodinámica, ingeniosamente apoyada sobre experimentos que demuestran que el aplastamiento de la superficie, producido por el enfriamiento del núcleo, es la causa del volcanismo, y las lavas no son más que partes de la corteza sólida, liquidadas é inyectadas en las fisuras producidas por el mismo hundimiento. Según eso, el volcanismo y el crecimiento progresivo de la temperatura de las capas profundas sólo depende indirectamente de los restos de la energía calorífica primitiva.

Esta teoría no explica, como observa el geólogo francés M. Guède, la localización del fenómeno volcánico en determinadas regiones.

M. Guède acepta, como la mayoría de sus colegas, la teoría del núcleo interno, la cual ofrece una explicación racional de todos los fenómenos observados, con la ventaja,

además, de conducir á la hipótesis de la fluidez original del globo y de referirse á principios cósmicos que nadie piensa hoy en renovar.

\* \* \*

Hasta el día no se han inventado motores de olas que hayan dado resultados satisfactorios, lo que no es obstáculo para que la idea de domesticar esa potencia gratuita acose sin cesar el cerebro de los inventores.

La última concepción de ese género se debe á los ingenieros americanos Carey, Hancock y Barming. He aquí el principio de su nuevo motor de olas: una bola de metal muy pesada puede cambiarse de sitio libremente sobre una superficie sometida á los movimientos de las olas.

Las fluctuaciones hacen cambiar de sitio á la bola que va y viene de un ángulo á otro de la superficie. Evidentemente un lado sube cuando el otro se baja, y viceversa. A cada uno de los cuatro ángulos se fija el tallo del pistón de una bomba. Cualquiera que sea la posición de la bola, resultan siempre dos pistones arriba y dos abajo, marchando de esta manera alternativamente y sin tregua bajo la acción de la oscilación impresa por las olas.

Los primeros ensayos han dado excelentes resultados; pero no hay que apresurarse demasiado á considerar como resuelto el problema del motor de olas. No basta que un tal motor marche regularmente, sino que es preciso que produzca un trabajo mecánico bastante considerable para que se piense en introducirlo definitivamente en la industria.

\* \* \*

La Academia de Ciencias de París ha recibido una comunicación de M. Mavage, relativa á un nuevo tratamiento de la sordera.

El procedimiento aconsejado por el autor consiste en practicar, después de determinar exactamente el grado de agudeza auditiva, un masaje vibratorio que transmite á la oreja las vibraciones fundamentales, producidas por una sirena, y esto por mediación de una membrana que no introduce ni suprime ningún armónico.

M. Mavage ha obtenido con este método los mejores resultados en una cuarentena de enfermos. En ningún caso el tratamiento ha presentado el menor peligro.

\* \* \*

La enfermedad del sueño ó letargia de los negros es conocida hace ya tiempo en el Africa Occidental, y en la actualidad ha invadido el Uganda, después de haber causado estragos considerables en el Congo.

Esta epidemia presenta una analogía notable con la parálisis de ciertos alienados. Hasta el presente no ha atacado más que á los hombres de color, habiendo actualmente tres negros en tratamiento en un hospital de Londres, los tres atacados ya cuando salieron de Busoga, ciudad del Uganda británico, donde han sucumbido ya más de veinte mil negros.

La epidemia amenaza diezmar completamente la población, por lo cual *Forcing Office*, de acuerdo con la *Royal Society* de Londres, ha decidido enviar al Uganda una misión científica encargada de estudiar la epidemia y los medios de combatirla. Los doctores Lon, Castellani y Christy, acaban de partir para Euteblu, capital del Uganda británico.

\* \* \*

El Dr. Metchnikoff, que pretende haber descubierto el suero contra la vejez, ha enviado al Instituto una relación detallada de sus trabajos.

Este descubrimiento se basa sobre la teoría siguiente:

«Las células microscópicas que forman el cuerpo humano, se comen continuamente entre sí. Algunas llamadas macrófagos, devoran, disolviéndolas, á sus vecinas. Afortunadamente, otras llamadas micrófagos representan las células de defensa. Hay lucha entre ellas; pero, finalmente, en la vejez, las macrófagos salen victoriosas.»

Admitido esto, el remedio es de los más sencillos: basta inyectar en las venas un suero que destruya el macrófago, y el anciano podrá esperar así una edad excesivamente avanzada.

La teoría de Metchnikoff es objeto de una viva discusión en los medios científicos del mundo entero, contando con serios adversarios. Por el momento, es difícil pronunciarse sobre los resultados, toda vez que este descubrimiento es demasiado reciente para que se haya podido hacer suficiente número de ensayos.

Este mismo profesor Metchnikoff ha presentado á la Academia de Medicina una notable comunicación sobre la apendicitis, esa inflamación espontánea, seguida de gangrena, de la porción de intestino llamada apéndice.

M. Metchnikoff atribuye una misión importante á los gusanos intestinales, y especialmente á los tricocéfalos, que provocan erosiones de la mucosa intestinal que suelen facilitar la infección por los gérmenes contenidos en el tubo digestivo.

El Dr. Matignon ha combatido vigorosamente las conclusiones de M. Metchnikoff, afirmando que no existe relación alguna entre la apendicitis y las lombrices intestinales.

En China, donde ha practicado M. Matignon y donde la helmintiasis es muy frecuente, las lombrices se observan en 75 sujetos por 100, pertenecientes á la raza amarilla; en los niños la proporción llega hasta 98 por 100. Entre los europeos, sin alcanzar esas cifras, la proporción es aun considerable: 25 por 100.

A pesar de esta gran frecuencia de las lombrices intestinales, M. Matignon en los cinco años que ha pasado en Pekín no ha visto un solo caso de apendicitis en los chinos; tampoco ha observado esa enfermedad en la pequeña población europea á que dedicaba sus cuidados profesionales.

Esta vez, como tantas otras, la clínica y el laboratorio están en discordancia. Las observaciones de M. Matignon no puede decirse que destruyan de una manera absoluta las afirmaciones de M. Metchnikoff, pero les quitan mucha fuerza.

••

*Observaciones sobre el desarrollo de la infancia* es un libro muy útil para aquellos á quienes interesen los asuntos relativos al estudio de la infancia. Entre las innumerables cuestiones que á este estudio se refieren, el autor ha escogido los puntos más esenciales que pueden dar una idea bastante precisa del estado físico, intelectual y moral del sujeto observado en cada época de su vida.

Las observaciones indicadas en este volumen, pueden dividirse, según su frecuencia, en cuatro categorías.

1.<sup>a</sup> Los hechos que puedan notarse á medida que se producen: Notas sobre las ascendencias, régimen alimenticio, movimientos, educación física, vestidos, etc.

2.<sup>a</sup> Las observaciones ocasionales que pueden renovarse á voluntad y que suelen entretener al sujeto tanto como interesan al observador: pulso, temperatura, capacidad de

los pulmones, número de respiraciones por minuto, fuerza de respiración, duración de un sonido cantado, sensibilidad de la piel, agudeza auditiva, etc.

3.<sup>a</sup> Las observaciones mensuales que se pueden efectuar á la fecha en que el niño alcanza un número entero de meses: el peso, la talla.

4.<sup>a</sup> Las observaciones anuales que pueden hacerse en los aniversarios del nacimiento del niño: medidas generales de la cabeza, del cuerpo, de los miembros, huellas y contornos de los pies y de las manos.

Como se ve, el objeto del autor es indicar á los padres, á los educadores y á cuantos tengan interés en el estudio de la infancia, cierto número de observaciones precisas sobre puntos esenciales, cuyo conjunto puede dar una idea justa del estado físico é intelectual del sujeto, observado en cada época de su vida.

M. Duclaux lo hace notar justamente en su prefacio: el cuaderno de vida de M. Giroud, llamando la atención de los padres sobre los niños, puede aumentar mucho el número de los que preparan esos pequeños seres á convertirse en hombres útiles, teniendo en cuenta en su educación las cualidades y los defectos que les hayan reconocido y que hayan notado con sinceridad.

TARRIDA DEL MÁRMOL

## Trabajo intelectual y ejercicio físico

*El músculo que trabaja y el cerebro que piensa.—Similitud de los fenómenos fisiológicos que se observan.—Aumento del calor en el cerebro.—Experimentos del Dr. Lombard.—Aflujo de sangre á la sustancia cerebral durante los esfuerzos intelectuales.—Balanza de Mosso. Consecuencias del trabajo en el orden intelectual y en el orden físico.—Combustiones y productos de desasimilación.—Auto-intoxicaciones por recargo. Semejanza de sus resultados en el orden físico y en el psíquico.—Efectos del trabajo intelectual en la composición de la orina son idénticos á los del trabajo muscular.—Accesos de gota que suceden á la fatiga intelectual lo mismo que á la fatiga física.—El caso de Sydenham.*

### I

Dejando á un lado toda doctrina filosófica, y sin necesidad tampoco de referirse á la hipótesis materialista, puede demostrarse que existen analogías muy estrechas entre el trabajo del espíritu y el del cuerpo. Son dos formas muy diferentes de manifestación de la energía vital, pero sometidas á las mismas leyes fisiológicas.

Las condiciones del trabajo son las mismas para el cerebro que piensa que para el músculo que se contrae; en ambos órganos, cuando ponen en juego su propia actividad, se observa un aflujo mayor de sangre y una producción más intensa de calórico.

Cuando se mide un miembro que acaba de ejecutar un ejercicio violento, se observa que su volumen ha aumentado considerablemente; una cantidad mayor de sangre ha venido á hinchar sus vasos.

Se ha podido observar también que el cerebro, cuando trabaja, atrae una cantidad más considerable de líquido sanguíneo. Algunos fisiólogos han estudiado la cir-

culación de la sangre de los vasos cerebrales en individuos que, por efecto de una herida, han perdido algún trozo de la sustancia ósea del cráneo. A través de esta especie de ventana abierta sobre el órgano del pensamiento, han podido ver cómo se llena de sangre el cerebro siempre que trabaja el espíritu, y cómo se descongestiona, por el contrario, inmediatamente que cesa el esfuerzo intelectual.

Un ingenioso experimento ha permitido determinar de un modo evidente que la cantidad de sangre atraída al cerebro por el trabajo del espíritu es más ó menos abundante, según el esfuerzo intelectual es más ó menos intenso. Un fisiólogo italiano, el profesor Mosso, ha construido una balanza dispuesta de tal modo, que puede acostarse un hombre encima. Cuando un individuo se somete al experimento, un contrapeso equilibra el aparato y pone exactamente en fiel los pies y la cabeza. La balanza, por lo demás, es de una sensibilidad bastante grande para que el peso más ligero, añadido á uno ú otro lado, destruya el equilibrio y haga inclinarse el aparato. Si el individuo en observación permanece tendido en inmovilidad completa y en reposo absoluto de espíritu, las dos extremidades del aparato permanecen en el mismo nivel. Pero si el espíritu se ocupa en ideas que necesitan esfuerzos de atención, si busca la resolución de un problema difícil, si se hace un llamamiento á la memoria ó al juicio, si, en una palabra, entran en juego las facultades activas del espíritu, inmediatamente se destruye el equilibrio de la balanza y se ve bajar el extremo que sostiene la cabeza. La sangre ha afluído con mayor abundancia hacia los vasos cerebrales por el hecho mismo del esfuerzo intelectual; el cerebro se ha hecho súbitamente más pesado, y este aumento de peso da la medida exacta del suplemento de sangre que ha recibido. Se puede observar también que la bajada es tanto más accentuada, cuanto más fuerte ha sido la tensión del espíritu.

Otra analogía no menos notable asimila el trabajo del cerebro al de los músculos. En ambos órganos, un funcionamiento más activo va siempre acompañado de un mayor desprendimiento de calórico.

Si se introduce en el espesor de un músculo una aguja termo-eléctrica, se observa que, en el instante mismo en que la fibra se contrae, la temperatura se eleva. Este calor sensible al termómetro no es más que un débil resto del que se ha producido en el órgano motor, y cuya mayor parte ha sido transformada en movimiento.

Se sabe, en efecto, que el motor humano sufre la ley de la transformación de las fuerzas, y se encuentra sometido á las mismas condiciones mecánicas que las máquinas motoras que funcionan por el calor; no puede producirse movimiento sin consumir calórico. Hace mucho tiempo ya que se ha demostrado la analogía perfecta que existe entre el organismo humano, que funciona, y los aparatos técnicos, que trabajan. La cantidad de calor gastado en un esfuerzo muscular de intensidad conocida, ha podido ser exactamente medido, y se ha demostrado que es próximamente igual al que utiliza una máquina para el mismo gasto de fuerza.

El trabajo cerebral no tendría, evidentemente, una medida común con el trabajo mecánico ejecutado por una máquina ó por un músculo; pero la fisiología ha demostrado que el cerebro, lo mismo que el músculo, necesitaba, para entrar en actitud, cierto gasto de calor.—El esfuerzo intelectual va acompañado, lo mismo que el muscular, de una elevación de temperatura del órgano que trabaja.

Esta verdad no es una simple inducción. Hace mucho tiempo que se han hecho experimentos científicos para demostrar el influjo del trabajo cerebral sobre la temperatura de la cabeza. Los primeros estudios sobre esto son debidos al doctor Lombard

de Boston), y fueron hechos en 1869. Sus resultados positivos han sido confirmados por los trabajos de Schiff y están citados por el doctor Luys en su obra sobre *El Cerebro*. Está hoy admitido, casi por todo el mundo, que el cerebro se calienta durante el trabajo del pensamiento.

Que la voluntad utilice bajo forma de trabajo intelectual, ó bajo forma de ejercicio muscular, la energía contenida en el sér humano, el gasto debe saldarse siempre por medio de un desprendimiento de calor. Bajo la acción de ciertas combinaciones químicas que pasan en el seno de los tejidos orgánicos, y que se llaman *combustiones*, el calórico contenido en estado latente en las moléculas del cuerpo vivo es puesto en libertad y absorbido después por el acto cerebral ó por el muscular, como es absorbido el calor del hogar por el trabajo de la máquina de vapor.

Tales son las dos analogías más salientes que llaman la atención del fisiólogo cuando compara el trabajo del cuerpo y el del espíritu; en el trabajador, como en el pensador, se produce mayor aflujo de sangre hacia el órgano que funciona y un desprendimiento de calor más intenso en el seno de los elementos cuya actividad se pone en juego.

## II

Si se lleva más allá el análisis, se encuentran otros puntos de semejanza entre los resultados del trabajo intelectual y los del ejercicio físico.

En primer lugar, en el cerebro que piensa, lo mismo que en el músculo que se contrae, cuando las combustiones están activadas, resulta una destrucción más activa de ciertos tejidos vivos, que alimentan esas combustiones. Así, una locomotora que acelera su marcha debe aumentar el consumo de carbón.—El organismo experimenta cierta pérdida, lo mismo á consecuencia del trabajo mental que después del ejercicio físico.

No es esto todo.

Las combustiones no hacen desaparecer por completo los tejidos que las alimentan; los trasforman y los desnaturalizan, como lo hace la llama de un hogar con el carbón y la leña que consume. Al arder la leña da por resultado los productos de combustión, que pueden encontrarse en un hogar apagado, y que son las cenizas y el hollín. Así el organismo, después del trabajo, contiene productos de combustión, llamados también productos de *desasimilación*, por no ser ya semejantes á los tejidos orgánicos de que antes formaban parte.

Los productos de desasimilación (y este es un punto de los más interesantes de la historia del trabajo) son impropios para la vida, y deben ser arrojados al exterior del organismo, so pena de determinar en él accidentes graves. Así, hay en el cuerpo humano una serie de órganos *excretores*, ó *eliminadores*, encargados de barrer, si así puede decirse, todas esas impurezas.

Pero si la producción de los residuos de la combustión es muy considerable, como acontece después de un trabajo exagerado, puede suceder que los órganos eliminadores sean insuficientes y que aquellos residuos se acumulen en dosis excesivas, capaces de perturbar profundamente las grandes funciones vitales.

Ahora bien; siguiendo las teorías que comienzan á abrirse paso, y á las que, por lo demás, he llevado la contribución de algunos hechos bastante elocuentes, ciertas formas de la fatiga serían debidas á la presencia en la sangre, con exceso, de ciertos productos de desasimilación acumulados por las combustiones del trabajo.

Cuando se lleva demasiado lejos la fatiga, toma el nombre de *recargo*.

El recargo muscular presenta diversas formas; pero, entre otros accidentes, puede producir un estado febril análogo al tífus ó á la fiebre tifoidea. En opinión de todos los médicos hoy, esas fiebres de recargo que se observan en los animales, lo mismo que en el hombre, son debidas á una especie de envenenamiento del cuerpo por sus propios elementos, á una *auto-intoxicación* del organismo por los productos de desasimilación, acumulados en gran abundancia después de un exceso de trabajo.

El recargo intelectual conduce también, según algunos miembros de la Academia de Medicina (sesión del 7 de Mayo de 1887), á estados febriles de forma tifoidea. La semejanza de los efectos indica claramente la similitud de las causas, y prueba que se deben atribuir á una acumulación de productos de desasimilación las fiebres de recargo que proceden de exceso de estudio, lo mismo que las que se observan después del abuso de los trabajos corporales.

¿Cuáles son exactamente las sustancias de desasimilación que resultan del trabajo cerebral? Nadie sabría decirlo con firmeza, porque no se conoce aún la composición exacta de todos los residuos orgánicos que nacen durante el trabajo de los músculos, mucho mejor estudiado que el trabajo del cerebro. Se sabe únicamente, por los estudios más recientes de M. Gautier, que ciertos venenos análogos á los de la putrefacción pueden formarse por influjo de las acciones químicas que desprenden calor vital. Esos venenos, que son *alcaloides*, ¿qué relación tienen con el trabajo del espíritu? ¿Cuál es, además, su correlación con el trabajo muscular? Otras tantas cuestiones sobre las cuales no se ha hecho aún la luz.

En el estado actual de la ciencia, no se pueden conocer esos venenos más que por sus efectos, y el organismo vivo es el reactivo que revela su presencia por las perturbaciones que le producen. En todo caso, la singular semejanza que ofrecen las perturbaciones de la salud después de los excesos del trabajo mental y después del recargo de los músculos, nos autoriza á deducir una analogía de causa.

Los médicos han señalado hace ya mucho tiempo el funesto influjo ejercido por el recargo sobre las enfermedades que atacan al hombre. Se reconoce al recargo intelectual la misma acción agravante que al recargo físico sobre la marcha de las afecciones agudas ó crónicas. Las enfermedades internas más ligeras, lo mismo que las lesiones exteriores más sencillas, pueden tomar un sello de gravedad particular en el hombre sometido á trabajos musculares demasiado violentos y muy sostenidos, lo mismo que en aquel cuyo cerebro haya estado sometido á esfuerzos demasiado intensos, á una tensión de espíritu demasiado prolongada.

Una pneumonía reviste la forma infecciosa en el soldado recargado por marchas forzadas, como en el joven que ha trabajado con exceso para la preparación de un examen.—Es que, en ambos casos, el mal evoluciona sobre un terreno viciado por los productos de desasimilación.

Así, pues, mientras la ciencia no haya logrado establecer una teoría completamente satisfactoria del recargo intelectual, los hechos de observación nos obligan á hacer constar una marcada analogía entre los resultados del exceso de ejercicio físico y los del abuso del trabajo mental.

Esta analogía se manifiesta lo mismo en los grados ligeros de la fatiga que en los casos graves del recargo.

Hay un fenómeno material muy fácil de observar, y desde hace mucho tiempo señalado á la atención de los fisiólogos, que acompaña al exceso de trabajo muscular:

el aspecto turbio de la orina. Esta perturbación es debida á la presencia en exceso de productos de combustión incompleta; los uratos y el ácido úrico. Ahora bien; la misma alteración que se observa en la orina, después de una marcha forzada, se produce con frecuencia después de una fuerte tensión del espíritu; hemos podido observarlas por nuestra parte, después de acabar un capítulo laboriosamente estudiado.

Después del ejercicio muscular, lo que se elimina por la orina, en forma de ácido úrico, son los residuos nitrogenados del músculo. ¿Ocurre lo mismo después del trabajo cerebral, y lo que el organismo elimina son moléculas nitrogenadas de la sustancia nerviosa imperfectamente quemadas? No se puede, hasta ahora, contestar á esta cuestión de un modo satisfactorio; pero lo que puede presentarse como un hecho tan cierto como curioso, es la semejanza de composición que presentan los precipitados de la orina después del trabajo físico y de la fatiga intelectual. En ambos casos, lo que se elimina con exceso son uratos.

La identidad de composición química no es la única analogía que presentan los residuos debidos al trabajo físico con los que resultan de la actividad intelectual exagerada. El exceso de producción de estas dos clases de residuos puede ocasionar en la salud perturbaciones idénticas.

Se ha notado muchas veces, en las personas predispuestas á la gota, la producción de un violento acceso después de fatigas físicas excesivas, y los médicos atribuyen la explosión de estos accidentes agudos al exceso de ácido úrico en alta dosis en la sangre.

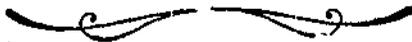
También está aprobado que una fuerte tensión del espíritu, tal como se sufre en el curso de un trabajo mental excesivo, produce, lo mismo que el ejercicio físico, un acrecentamiento del ácido úrico en la sangre, y llega también á producir un acceso de gota. Si, en el orden físico, una cacería, por ejemplo, es seguida con frecuencia de un violento acceso en los gotosos, se han citado bastantes casos en que tales accidentes son manifiestamente consecuencia de un exceso de trabajo intelectual. Un caso se ha hecho célebre; el de Sydenham, autor de un tratado notable sobre la gota, y que fué atacado de su primer acceso inmediatamente después de haber acabado su libro.

Así, los hechos de observación diaria, lo mismo que las deducciones sacadas de la fisiología, nos autorizan para decir que una estrecha analogía une los efectos de la fatiga intelectual con los de la muscular. Esta primera conclusión parece ya suficiente para hacernos muy circunspectos en la aplicación del ejercicio corporal á las personas recargadas por el trabajo del espíritu.

Pero si descendemos á los detalles, si hacemos un análisis sumario de los principales ejercicios usados generalmente en nuestra época, veremos que cada vez es más notable la analogía del ejercicio del cuerpo y el trabajo intelectual. En los movimientos difíciles de la gimnasia, en la equitación y en la esgrima, veremos que el papel del cerebro y de los nervios llega á ser tan importante como el de los músculos.

DOCTOR FERNANDO LAGRANGE.

*(Traducción de Ricardo Rubio.)*





JACINTO VERDAGUER

---

## LOS DOS VERDAGUER

---

.....  
 Car de l'amour à la dévotion

Il n'est qu'un; l'une et l'autre est faiblesse.

El Sr. Unamuno se quejaba hace tiempo de que el público español no colaborara á la obra del escritor; creo que tal queja constituye un grave error de nuestro amigo pues en España la mentalidad de los que cultivan su personalidad sufre tanta presión, del ambiente social, que esta personalidad acaba por ser una ilusión, un mito vano. De este modo, todo el mundo es público, multitud, nadie piensa por sí mismo, por ser casi imposible.

Así, por una serie de hechos, todos complicados, desde hace muchos años se ha elaborado una leyenda, falsa como todas las leyendas, en que Verdguer aparece como una víctima del maquiavelismo cruel de los hijos de Loyola. He de empezar diciendo que no creo en semejante leyenda.

Los que no comemos cura á diario ni hallamos francmasones en la sopa, nos reimos del prurito inocente y pueril de querer presentar en todos los hechos sociales los

efectos de la *mano oculta* de unos ó de otros. Todo esto acusa una mentalidad primitiva.

Habiendo tenido la fortuna de conocer en vida al gran poeta, después de haber cultivado el conocimiento íntegro de su obra literaria, estoy convencido de que la odisea de la famosa persecución es el lado menos interesante de la última etapa de su vida. No; esta fase es una creación más de la fantasía popular, que vela en la leyenda una forma de satisfacer su instintiva protesta contra la fatal desigualdad social.

Pero el crítico no ha de hacer caso de las fantasmagorías *folk-lóricas*, mayormente cuando en el meollo de la existencia que las inspira hay algo de más valor psicológico, más eternamente humano.

Por esto, habiendo el Verdaguer popular, inexacto, el que el pueblo soberano de Barcelona ha canonizado, y el otro, el de los escritores y artistas, dejo de lado al héroe legendario para fijarme en el otro que vivía recóndito, cubierto de las cenizas de su estado eclesiástico, que amparaba un rescoldo de pasión sacrificada en holocausto extrasocial. Y á su vez, éste se desdobra perennemente, dando lugar á dos existencias morales distintas que se influyen reciprocamente y que constituyen un gran problema de psicología, que exigirla, para estudiarlo hasta sus raíces más profundas, un Goethe, un Diderot, un Sainte-Beuve, un Villiers de l'Isle-Adam.

No hay ningún escritor que haya estudiado á Verdaguer á través del prisma de la crítica humana, lo que es para mí el aspecto más transcendental de la personalidad de Verdaguer.

No es suficiente decir que el poeta ha escrito obras inmortales, que es el mejor que España ha producido en el siglo xix, y que ha sido el evangelista de la lengua catalana como instrumento literario.

Tampoco es bastante hacer ver que al lado del autor de poemas que son el producto de grandes conocimientos retóricos, hay el poeta de la dulzura, comparable por su perfume poético con los más delicados autores que haya producido la *lake school* del romanticismo inglés. Todo esto pasará á los futuros manuales de historia de la literatura catalana.

Lo que más despierta mi curiosidad crítica, después de haberme entusiasmado con su *Rosa marcada* y *Perqué canten les mares*, es el ambiente moral interior que se creara en el alma de Verdaguer al sentirse en estado de perenne contradicción consigo mismo.

Porque Verdaguer era un místico, y él mismo, haciendo gala de una inmodestia sincera, él (el hombre reputado como la encarnación de la modestia), se creía el continuador de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, y que su Dios le había favorecido con la herencia de San Francisco de Asís. Pero su misticismo era literario, constituía un género, cultivado por él con maestría, como había cultivado el heroico en el *Canió* y el místico en *La Atlántida*.

Todos sus contemporáneos creyeron con idolatría que sus obras místicas eran la expresión más directa, sincera y diáfana de su alma, y llegaron á creer que su vida y su poesía eran sólo dos formas de un mismo espíritu. Verdaderamente, en aquellos poemas en que brillaba la más pura exaltación ascética, no se podía traslucir ningún deje de insinceridad, y no me atrevería á afirmar que Verdaguer fuera lo que se reprochaba á Baudelaire, eso es, un *fumiste*.

¡Ahl pero el misticismo literario de Verdaguer no pudo salir del estado de crisálida, desvaneciéndose cuando tenía que abrir sus alas en la realidad, en la mística

vivida y sufrida. En verdad, la cruz de Cristo era demasiado pesada para él, y por reacción natural, el poeta cayó en el extremo opuesto, en la rebeldía, que fué el origen de todos sus sinsabores. Y para desplegar su insumisión, ¿dónde encontró la fuerza humana que le faltara para la resignación dulce que cantara en sus poemas? La encontró, sin duda, en algo que es muy fuerte en la vida, que es el rival más poderoso de toda la tiranía moral del supernaturalismo: en el amor. El poeta que habla dicho en un poemita que su patria estaba en el cielo, quiso repatriarse al seno de la Naturaleza. Cuando conocimos a Verdagner, ¿qué lejos estaba de aquella resignación y dulzura de fray Luis de León, que no tuvo ni una palabra de queja al volver á su cátedra, después de haber estado encerrado algunos años en los calabozos del Santo Oficio! ¡Ah! Entonces Verdagner no se pertenecía á sí mismo; era un rebelde, sujeto á las imposiciones de su corazón. El cantor de los sublimes deliquios inspirados en Jesús y la Virgen y demás constelaciones del firmamento católico, ardía en deseos de ofrecer todo el caudal de su amor á la Venus Afrodita; pero continuaba siendo un católico ferviente y un poeta apostólico y romano.

Es ridículo querer ver en él al hombre que ansía romper los lazos que á todo miembro de la Iglesia le atan á esta institución, á la que debe pertenecer con alma y vida. Léase toda la obra de Verdagner, y no se hallará el más mínimo resabio de pensamiento heterodoxo. Verdagner es tan católico como Calderón, *the true poet of the Inquisition*, como le llamaba Buckle. De los libros de Verdagner no se desprende que el poeta hubiera tenido jamás una duda metafísica, ni hubiera sufrido tortura alguna á causa de las llamadas verdades fundamentales de su religión. Á ésta debió la mayor parte de su estructura moral é intelectual, la menor parte consistiendo en su asimilación de la poesía popular, y se hallaba muy bien cantando las bellezas poéticas y paganas de la religión. En la misma religión halló el terreno para cultivar el gnomon de la voluptuosidad que resplandece en su mística y que le dió después la larva de su rebeldía pasional. Singular lucha esta de creer en el dogma de la religión y hallarse en oposición con las leyes morales escritas que le vedaban acceder á las exigencias tentadoras de los sentidos. Si Verdagner era sincero en cuanto escribió, en aquella lucha interior debemos hallar el mayor y tal vez único martirio de su alma. Y aquí nos hallamos en frente del problema más grave que presenta el enigma de su vida: Verdagner cultivó la idea fija de comparar sus sufrimientos con los de Jesucristo, cayendo en lo que yo llamaría el *calvarismo*, estado de alma que la Iglesia debe condenar como una manifestación del orgullo; pero si hubiese sido un místico verdadero, no debía quejarse y debía aceptar todos los sufrimientos y adversidades como bendiciones que el cielo, su patria, le enviaba. Pero el amor estaba allí; la meditación del genio de la especie le acechaba, é hizo de él, no un nuevo San Antonio, sino un poeta apasionado que vestía su voluptuosidad con el ropaje del ascetismo más exaltado.

Naturalmente, el pueblo catalán, al glorificar á su poeta, cuyas obras pocos han leído, pues no podían dar satisfacción á los sentimientos en boga, no ha sabido á quién canonizaba, completamente ignorante de que con Verdagner desaparecía una víctima de la fatalidad histórica, que condensaba en un hombre genial la lucha de los dos aspectos de la vida: el renunciamiento y la posesión.

Verdagner comenzó cantando el primero, y fué un adorador vergonzante de la segunda. Fué el Prometeo amarrado á la tiranía moral de las leyes históricas religiosas, con la sola diferencia de que el enemigo de Júpiter blasfemaba contra su opresor, y Verdagner, cantando las verdades de su religión, y queriendo aplicar la *Imitación de*

*Cristo*, se desgarraba en el sacrificio íntimo, propio de un afirmador del derecho a la vida y a la felicidad, que se halla preso en la propia ratonera de una teología dogmática petrificada, supervivencia de edades muertas.

JAIME BROSSA.

## VERDAGUER

«La mejor poesía es la que no se escribe.»

Así dicen que dijo Lamartine; y un crítico ilustre ha comentado la frase en estos términos:

«Todo el arte humano, hijo de la imaginación y la memoria, imitador insuficiente de la Naturaleza, ayudado por la técnica del oficio, quedaría ciertamente hartamente empequeñecido y parecería hartamente hueco, si adquiriesen de repente vida externa, perfecta y cabal, las emociones del hombre inexpresadas por falta de medios.»

Estas palabras, que traduzco del catalán, escribílas Yxartá propósito de Guimera; pero sin dudar en modo alguno de la sinceridad lírica del que evocó los horrores de Poblet profanado con fuerza insuperable, á ningún otro poeta moderno como á Mosén Jacinto Verdaguer convienen todas aquellas observaciones con toda exactitud.

Gran poeta se nos mostró en su obra de luz y de entusiasmo. Mayor lo fué en su vida de pobreza y de dolor.

La ciudad de Barcelona y con ella toda la España culta, se apresta á la apoteosis de Verdaguer muerto. Muerto ¿de qué? De las penas y del hambre que en aquel emporio de riqueza, tanpreciado de sus glorias regionales, padeció el santo varón que tanto amaba á su tierra, y que al idealizar y sublimar su idioma, trocó la dura y férrea loriga de «Sant Jordi» en resplandeciente armadura de oro.

La perdurable ironía de las cosas da un singular carácter, muy propio de estos tiempos del contrasentido y el absurdo, á esa apoteosis de Verdaguer muerto... Apoteosis de circunstancias, que vale bien poco al lado de la que Verdaguer vivo se decretó á sí propio; en su misma humildad y en su constante sufrir.

Corona de espinas le cifieron en la tierra que glorificara, fariseos y saduceos, escribas y sayones de toda estofa. Cantando sus dolores y ofreciéndoselos á su Dios en versos cuya intensidad no nos es dado percibir á los sumergidos en la prosa impura de la vida, cambió «el pobre de espíritu» la corona de espinas por inmarcesible corona de flores.

El infortunio—decía con el P. Lacordaire—es el vestido más hermoso con que se puede galanar el hombre, y los enemigos no saben lo que se hacen cuando nos lo ponen... Bien poco faltó para que ese «hermoso vestido» se convirtiese en una camisa de fuerza.

*...Ministres del Evangeli,  
¿donchs hon es la caritat?  
Les portes hon ne demano  
d'una á una veig tancar,  
sinó la del manicomi  
que s'obre de bat á bat!*

Hubiérase mostrado el sacerdote catalán algo más trabucaire que místico, hubiérase puesto el poeta del *Canigó* y de la *Llegenda de Montserrat* al servicio del exclusivismo local, del rencor reaccionario y de la codicia cartaginesa, y ¡quién sabel, bien tratado y halagado por quienes tanto le persiguieron, quizás le veríamos hoy sano y rollizo, y aun figurando entre aquellos cuyo báculo pastoral parece en ocasiones cambiarse por la hoz siniestra del Corpus de Sangre.

Poco se le daba de tales pompas al buen hombre, buen cura y buen poeta, que en la época y en el medio social de la «lucha por la existencia» á ultranza y sin escrúpulos, hizo suyas, completamente suyas, estas averiguaciones del Kempis que para la casi totalidad del mundo actual carecen de sentido: «Cuando llegues á encontrar dulce y sabrosa la tribulación, puedes estar contento de tí mismo, pues habrás encontrado el Paraíso sobre la tierra.»

Por eso Mosén Cinto, el gran atribulado, se decretó á sí propio en vida la apoteosis que la sociedad injusta y egoísta solamente suele conceder á unos despojos yertos...

\*  
\*\*

Jacinto Verdaguer nació en Riudeperas, provincia de Barcelona, á 17 de Abril de 1845.—No porque se citen fechas y se apunte tal cual opinión (to advertiré de pasada), ha de buscarse en estas líneas una biografía propiamente dicha, como tampoco un juicio crítico minucioso. Para esto me falta autoridad, y para aquello, que merecería muchas páginas en un Martirologio Social, se necesita una pluma como la que escribió en francés *El Cura de Tours*, ó la que en español ha trazado la figura de *Nazarín*. Las presentes líneas no tienen más valor que el de una rápida impresión.

Era Verdaguer de familia muy modesta.—No ha mucho publicaba un semanario barcelonés el retrato más antiguo. Data de 1868, cuando tenía veintitrés años el poeta y seguía sus estudios eclesiásticos en Vich. Verdaguer está en ese retrato con barretina.

Sobre su féretro, y entre la corona de espinas que le ciñó la adversidad y la corona de laurel que le asegura el Arte, debe colocarse la barretina catalana... No la postiza y de encargo, la que afectadamente se saca y se ostenta en manifestaciones insinceras, cuando no provocativas, sino la legítima, genuina y veneranda: la barretina del payés.

Alma de payés fué la de Mosén Cinto, con todo y haberla buscado engarces el poeta, trabajados con toda la exquisita pulcritud de un Benvenuto.

Alma de payés, en la más pura, sana, robusta y natural acepción del término.—Me complazco en citar de nuevo al malogrado Yxart, que trazó un hermoso paralelo, á propósito del realismo poético de la literatura popular, entre el alma del payés y el alma del mujick; como por otra parte, pudiera haberlo bosquejado entre el alma del mujick y la del campesino de muchas otras regiones españolas.

Las clases elevadas—decía el crítico—rechazan en Cataluña ese espíritu.—Y comparando estas clases con las análogas en Rusia, contaba el caso de aquella orgullosa dama, que en una tertulia aristocrática de San Petersburgo, se plañía del «fastidio de vivir». El novelista Dostoyeuský, idólatra de las clases rurales, hallábase presente y dijo á la dama:

—Para no aburrirlos, señora, estudiad é imitad al mujick.

—¿Y qué me enseñará?

—¡Ahí es nada! Os enseñará á vivir y á morir.

Esta enseñanza se encuentra, como en ningún otro, en Mosén Cinto, que fué siempre el hombre de la Naturaleza y de la raza, en medio del más refinado cultivo artístico

y de la más áspera lucha contra el artificio social. Permitaseme traducir una de sus *Flors del Calvari*:

*Quien vive sin dulzuras,  
muere sin amarguras.*

Quizás un «desmontador» de almas ó un crítico burlón, digan que es, en suma, la filosofía de un Sancho Panza místico... Creo, no obstante, que todo análisis escudriñador de Taine y todo el *persiflage* de Voltaire se detendrían, en silencio y con veneración, ante la vida y muerte de Jacinto Verdaguer.

Sus primeros triunfos obtúvolos á los dieciséis años en los Juegos Florales de Barcelona. Escribió después muy poco; estudió mucho. Ordenado de presbítero el año 70, publicó *L'Atlántida* en 1877. ¿Qué decir de aquel poema, que en seguida se tradujo al castellano, al francés, al inglés, al italiano, al alemán y al provenzal?... Creo que no se ha traducido al portugués, y se comprende. Hubiera tenido celos la sombra de Camoens.

Pero el genio del glorioso autor de *Os Lusíadas* no es el genio poético moderno. ¿Qué decir del *Canigó*, que no tardó en ofrecernos el poeta?... Dígalo en cuatro líneas Menéndez y Pelayo: «En grandeza de imágenes, en viveza y esplendor, en derroche, dígamoslo así, de pompas fantásticas y de colores, en cierta manera grande y amplia de concebir y de expresar, trozos hay en *Canigó* que igualan ó superan á los más celebrados de Víctor Hugo, con quien tiene un remoto aire de familia, en aquello, se entiende, en que Víctor Hugo es digno de alabanza.»

Pocos días ha y en coloquio íntimo, refrendaba el maestro ante varios amigos esa opinión, diciéndonos textualmente:

—El *Canigó* sólo puede compararse con *La Leyenda de los Siglos*.

De esas excelsas cumbres de la «epopeya lírica» pasó el poeta, para no perderse en los matorrales y pantanos adonde quiso hacerle descender la injusticia, á las más hondas y suaves intimidades de la mística y la leyenda religiosa... El mayor descreído halla, y hallará siempre, motivos de ingenuo encanto y penetrante interés, en el *Sant Francesch*, en *Lo somni de Sant Joan*, en aquellos *Idilis y Cants Mistichs*, que hicieron revivir en nuestros días el espíritu y el verbo de los místicos más delicados del siglo de oro. El *Jesús Infant* no puede compararse, en mi corto entender, pero sincero sentir, con nada escrito. Aquello no es «literatura». ¡Aquello parece pintado por Angelico de Fiesole! De las *Flors del Calvari* no cabe decir sino que son flores de sangre. Sangre en donde está toda el alma del creyente, orgulloso de su propia humillación. Los Herodes de Barcelona, vestidos de púrpura y seda, quisieron ponerle el ropón de loco, como á Jesús.

Los locos eran ellos. Y la seda y púrpura que esplenden hoy, son los atavíos que puso Mosén Cinto al lenguaje catalán.

\*\*

Como ya se ha dicho que los presentes párrafos están muy lejos de contener lo que se llama un juicio crítico, no me lanzaré á repetir ni á rebatir lo que en el léxico de Verdaguer han censurado algunos puristas intrasigentes. Según ellos, pudiera aplicarse á ratos lo que dijo D. Víctor Balaguer de «las facilidades y franquezas que ahora tan desdichadamente se conceden al idioma catalán, con el que hoy es sencilla cosa la de alardear de autor y de poeta, ya que cada uno se adapta la ortografía que quiere, inventa las voces que necesita, maneja los verbos como le da la gana, y obra con entera libertad, mejor dicho, con entera licencia, sin rey ni ley, según le place y acomoda».

No sé. Dentro de mi natural incompetencia, y sin más que el vago «dilettantismo» forastero, insisto en creer que el gran poeta llevó a su habla nativa toda la excelsitud de su espíritu; por más que en tal cual coyuntura buscase en tierra extraña elementos que copiosa y pródigamente brinda el suelo nacional.

Sobre que ya lo dice el adagio: «Cada maestrillo tiene su librillo». Y cuando el maestrillo se llama Verdaguer, solamente un Zoilo puede detenerse y complacerse en repulgos de empanada.

La posteridad dirá en definitiva. A los que conocimos y admiramos al épico cantor de *L'Atlántida* y el *Canigó*, al soñador divino de los *Idilis y Cants Mistichs*, al trágico resignado de las *Flors del Calvari*, sólo nos toca descubrirnos ante el nombre y la obra de quien ha conquistado, por fin, la paz suprema. La gloria... se la dió en vida su propio martirio.

No hay en el mundo moderno más milagros que los de la ciencia y sus conquistas. Fijémonos, no obstante, en el caso de Mosén Jacinto Verdaguer. Rompieron contra él todas las ventiscas de la vulgaridad ambiente y todo el oleaje de las intrigas de casta. Y se salvó el poeta, y se salvó el cristiano. Milagro patente en esta sociedad, aunque el milagro lo haya pagado el cristiano y el poeta a expensas de la vida.

MARIANO DE CÁVIA.

---

## VERDAGUER

---

Conoció al hombre, todo corazón; le sobraba el hábito, impuesto quizás más por condiciones de vida que por deseo propio. No hay que olvidar que el pobre *payés* de Folgarolas, por el medio ambiente en que vivía, si quería ser algo, debía ser cura; ello le obligó a ser mozo, preceptor y estudiante a la vez. No tenía aún el derecho a la vida.

Se sintió poeta y escribió, cumpliendo el deber que la Naturaleza le imponía. Ya se cuidó el Seminario de castrarle, de amortiguar el desarrollo de su vida.

Y fué cura de verdad, con fe y entusiasmo por la Religión. Las órdenes sacerdotales le emanciparon, dándole oficio para vivir. Entonces escribió *L'Atlántida* y *Canigó*, sus poesías líricas y sus elucubraciones místicas. Debía ser hipócrita y no quiso serlo; por ello fué perseguido y, verdadero obrero, fué expulsado de la fábrica y evtrañadado. Lo que las masas no comprendieron en el poeta épico, lírico y místico de verdad, lo reconocieron en el víctima de la sociedad presente.

Las nuevas generaciones comprenderán al hombre y reconocerán lo que valía, tomando como tardío desquite la apreciación de este genio, que si es catalán por su lengua, es de todo el mundo por sus ideas.

Reconozcamos en Verdaguer una víctima de la actual sociedad; dió todo lo que tenía para la Humanidad, y dada su buena fe, sus persecuciones, su martirologio valen la pena de que, olvidando su oficio, se le otorgue el aprecio de todos y sea la antítesis intelectual de la sociedad presente.

Y. BÓ Y SINGLE

---

## LA GUERRA



Consecuencias de la idea de la patria.

## Jacinto Verdaguer, como poeta

Risible sería el empeño de condensar en cuatro renglones críticos la obra poética de un espíritu como Verdaguer. Yo por mi parte, me limitaré á una impresión exclusivamente personal, sin pretensiones. Otro día quizá me dedique al estudio del gran cantor catalán y lo publique: mucho hay en la poesía de Verdaguer que señalar como oro y ¡es tan difícil dar con él! Los ojos humanos están más hechos á contemplar las cosas feas que las cosas hermosas: de ahí que cundan, con tanto éxito, los críticos depresivos, que son los menos aleccionadores. Más instruye lo perfecto.

Conocí y traté al gran poeta en circunstancias de su triste cuestión personal. No he de hacer aquí su psicología como hombre ni ocuparme de su caso, pero sí diré que mucho había en el primero de conmovedor: su voz suave, ya que no sus ideas, y su modestia humilde. ¡Su obra es de lo más grande que existe en la literatura catalana! ¡qué sombra más fresca nos deja sentir al acercarnos á él los que no podemos emularle!

Leyendo á Verdaguer parece que volvemos á las horas inefables de la infancia, los que hemos nacido en su tierra.

Siéntese en sus poesías aquella misma cadencia arrulladora con que nuestra madre, en horas de ciega luz, nos mecía con amor y nos refería cosas pueriles y sagradas. Ahora nos hallamos de frente á la vida rugiente, en pleno combate, hostigados por mil inquietudes, expuestos á innumerables peligros, con el corazón casi hecho trizas, y experimentamos, rememorando esa poesía, emociones puras que quieren llevar una piadosa lágrima á nuestros ojos de hombre, cuya voluntad se esfuerza siempre en contener todo impulso sentimental, para poder seguir bien abroquelado la lucha fragorosa y existir.

Verdaguer era, ante todo, el poeta de la dulzura. Parece que sus versos fluyen de labios infantiles. Los murmura él con una inconsciencia y una espontaneidad tan grandes, que éstas cobran un sentido hondo ante el que medita sobre el descapullamiento de las almas candidas, que viven sin saber que viven.

Un poeta, más que un escritor en prosa, es quien puede mejor comunicar y describir la impresión de su tierra originaria. La naturaleza invade de tal modo la literatura, con su frescor, su cielo, sus árboles, sus flores y sus aromas, que el lector quédase extasiado ante la revelación de tantas bellezas que ignorara en las cosas más sencillas de su propio país. Este se ofrece ante sus ojos con un esplendor en que no se fijara delante del mismo en la realidad. Aroma hay, y aroma catalán, en las poesías de Verdaguer; y su mayor virtud consiste precisamente en que tiene toda la pureza del de la naturaleza, siendo, por tanto, muy sano. Esto no puede percibirse en las traducciones.

Verdaguer ha elevado la lengua popular de Cataluña á una altura de sublime poesía. La música célica de sus versos supera á la melodía humana que dejan sentir las estrofas de los ingleses, como Pope, Shelley, Dante, Rossetti, Edgar Poe y Swinburne. Del lenguaje popular extrae Verdaguer palabras que en su poesía cobran una belleza superior á toda ponderación, por lo natural y pura que es. Con ello se demuestra también que el catalán, además de no ser áspero como se dice, produce en los buenos escritores un estilo pintoresco que llega al mayor color, al par que al mayor refinamiento. Esto es debido también á la infinita variedad de sus acepciones, que permiten reproducir los matices

más delicados de las cosas objetivas y subjetivas. Verdagner ha contribuido en grandísima labor á ello, y su vocabulario es muy vasto. Fruid, como música y como belleza, lo que vertió con voz divina en el *Encantamiento* del «Canigó»:

De vioiers i moltes en llitera  
am silenci lo duen a l'estany,  
hon frisoa una góndola l'espera,  
com el cigne de gebre dins son bany.

Així en son bres de vímets i ridorta,  
sens adonar se'n son angèlic nin,  
una amorosa mare lo transporta  
en plàcid son mentres està dormint.

Llisquivola és la proa i cisellada  
pel més trassut pastor del Pirineu.  
En la toia de flors am que está ornada,  
se veuen les mans d'or de Flordeneu.

A cada banda boguen tres remeres,  
de verd vestides, com el mes d'Abril,  
soltes al vent les fines cabelleres,  
per si calen més llassos a Gentil.

A la primera i més suau remada,  
se posen totes sis a refilar.

Així entre onada perlejant i onada,  
refilen sis sirenes de la mar:

—Somnia,—canten—somnia;  
deixa volar ton cor bell,  
mentre 'l somni no 's desnia  
com de sa branca l'aucell.

.....

Cuánta luz, cuánta música y cuánto frescor!

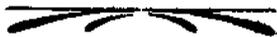
No quiero hablar del poeta místico; á pesar de toda la hermosura del *Sant Francesc*, porque Verdagner tenía una ternura y un ardor aun más propicios para cantar laúces amorosos. ¿Pero, acaso son muchos los hombres que saben á ciencia cierta lo que han de hacer para mostrar todo el esplendor personal?

Tampoco hablo ahora del poeta épico, pues tendría que hacer *crítica* y no es este mi gusto actual.

Terminaré, para no extenderme más, recordando que lo más puro de Verdagner fué su poesía y que, sólo por ella, merece que le veneren los hombres que aman las cosas hermosas, que tan á menudo consuelan las miserias humanas.

París, 19 de Junio de 1902.

J. PÉREZ JORRA.



## MOSSÉN JACINTO VERDAGUER

---

Jacinto Verdaguer, el vigoroso poeta del mar y de la montaña, el dulce y místico cantor de Jesús y de María, ha muerto como un mártir cristiano abrazado á la Cruz. Su gran amor por todas las cosas de la tierra y por todas las idealidades del cielo, le hacía inspirar obras de fama eterna; su inteligencia poderosa arrojaba por todas partes la luz deslumbradora propia de los genios; su corazón de niño, borbotones de humildad y de ternura. Por eso, si como poeta es merecedor de alabanza, lo es mucho más como hombre, prescindiendo de los hábitos que vestía y hasta de la religión que profesaba.

No era un fanático, era un creyente del amor. Era más: era un poeta. La poesía es fuente de vida y de amor. Por eso Verdaguer, además de humilde, fué justo y bondadoso; por eso se sacrificó en aras del bien ajeno, despreciando bienestar material, lujo y ornamento de la amistad humana, sufriendo resignadamente crueles privaciones.

¡Y que era bueno y justo y sabio, no hay que dudarlo! Los actos de su vida, sus obras, fruto de la inspiración, lo han demostrado claramente. ¿Qué importa que Jacinto Verdaguer fuese sacerdote, que hasta representase la Religión de la Muerte, si en medio de todo y por encima de todo sentía y practicaba, con gran intensidad, el amor al prójimo?

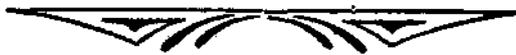
Generalmente juzgamos á los demás á través de un ideal demasiado concreto, estableciendo clasificaciones arbitrarias y bastante exclusivistas. Y el hombre, en su esencia, es superior á todos los preceptos de escuela y á todas las ideas. Estas, como hijas suyas, es cierto que pueden modificarle y ennoblecerle; pero lo primordial, la base donde descansa el verbo humano, es el fondo de la vida que en nosotros florece.

Verdaguer tomó por punto de partida para su obra una forma especial del amor. Y él la cantó y la vivió con sinceridad, á su manera, sacrificándose y creyendo en un Dios justo y bondadoso. Fué un gran altruista, digno imitador de Jesús.

Veneremos su memoria; respetémosle como una excepción humana, diciendo como Schiller en el *Himno á los artistas*.

«Y cadascú faci sa via  
per cent camins entrelaçats:  
ja' ns trobarem, quan vinga 'l dia,  
á dalt del cim tots abraçats.»

IGNACIO IGLESIAS.



## *Jacinto Verdaguer, cura y poeta*

Dos aspectos ofrece su vida pública, que por igual acuden á la memoria: primero los grandes éxitos del poeta, y segundo el espectáculo de sus bondades, contrastando con la actitud guardada en otra ocasión por el marqués de Comillas y el obispo Morgades.

Nadie discute la valía del poeta; tan evidente es.

Pero da lugar á controversia la cuestión terciada entre Comillas, Morgades y mosén Verdaguer, en la cual pocos ven claro, ya que ni el mismo poeta explicó nunca lo que había en el fondo.

Verdaguer fué el tipo ideal del cura con que sueñan los creyentes: bueno hasta el punto de no saber negar sus favores á nadie, llegando al extremo de contraer deudas—y no pequeñas—para satisfacer á los menesterosos de verdad y á los explotadores de su candor y buena fe, que de todo hubo á su alrededor.

Tanta bondad como la de Verdaguer, atrájole tal número de necesitados, que era insuficiente la cantidad mensual que repartía como limosnero de la familia Comillas. Esta hubo de alarmarse ante la petición de nuevos aumentos en aquel capítulo del presupuesto. Mediaron cartas entre el de Comillas,—negándose éste á las reiteradas pretensiones de Verdaguer,—y el cura, quien cantóle las verdades del barquero, haciendo la causa de los pobres.

En fin: que Verdaguer, siendo bueno para los necesitados, no era bastante buen administrador de pobres con relación á los intereses de una familia millonaria que sabe poner freno á los propios sentimientos humanitarios. Era menester un cura de corazón sensible hasta cierto punto, que no gravara el presupuesto de la casa, y mosén Verdaguer no servía, pues su bondad no tenía límites. Cuando se agotaba la cantidad señalada, acudía á su bolsillo particular, y luego, pedía prestado.

De ahí parece vino á caer en desgracia con la familia Comillas. Y se añade que anduvo por medio el jesuitismo explotando la situación en provecho propio.

El cura Verdaguer perdió su cargo de limosnero de los Comillas.

Pasóse algún tiempo. Estuvo en Vich, y en tan humilde estado, que de entre los extranjeros que fueron á visitarle, alguien hubo de manifestar su extrañeza.

Un día, mosén Verdaguer huyó escapado y se vino á Barcelona, donde contó cómo la autoridad episcopal que ejercía Morgades tenía propósito firme de encerrarle, con el pretexto de que estaba loco.

Hubo gran empeño en llevarle á Vich, de buen grado ó á la fuerza. Y mosén Verdaguer se horrorizaba ante la idea de que fuera posible llevarle. Por considerarle en rebelión, se le quitó la misa. Intervino el alto clero y la policía. Entonces, mosén Verdaguer, por medio de la prensa liberal, dió pública noticia de la persecución que sufría. Los enemigos del poeta esparcieron calumnias contra la buena fama del cura, pero la opinión no hizo caso. La gente ortodoxa volvió la espalda al hombre que estaba en desgracia, y entonces mosén Verdaguer sólo pudo contar con los liberales barceloneses, que jamás le negaron su amistad ni explotaron su situación y talentos.

Un médico, que se confunde entre los mil que hay en Barcelona—por la cuenta que le tendría,—apresuróse á dar público dictamen desde las columnas de un diario, contra las facultades mentales de mosén Verdaguer, á quien jamás había visitado. En cambio, los doctores frenópatas más distinguidos de la localidad examinaron el estado cerebral del hombre, que hallaron normal y corriente, pero descubrieron en su cuerpo las primeras manifestaciones de la tisis, que más tarde acabó con la vida del célebre cura-poeta.

Otros, en tal situación y con una fama dilatadísima, hubieran abandonado el sacerdocio. Pero Verdaguer, creyente puro y sincero, no podía, en buena lógica, colgar los hábitos, como hubiera hecho un cura vulgarote, incapaz de reñir con los intereses materiales de casa de Comillas.

Llegó, después de largos sufrimientos morales y económicos, el día de la reconciliación con las autoridades eclesiásticas. La forma vexatoria con que se hizo, le fué compensada con un beneficio de la iglesia de Belén, y quedóse tan contento el cura modesto y sin pretensiones que años antes había rehusado un canonicato.

De nuevo fueron sus amigos la gente del orden y los piadosos. Volvió á la normalidad el estado nervioso de Verdaguer, pero su organismo estaba ya lesionado, y de poco hubo de servirle la tranquilidad posterior, que no disfrutó en absoluto.

.....

Otro hombre muy distinto fué el poeta, como tal, afortunado y distinguido siempre. Brilló sobremanera en el cultivo de la poesía en sus tres manifestaciones de religiosa, patriótica y descriptiva.

El arte literario del poeta Verdaguer sugestiona, es perfecto, y sus obras pueden considerarse como clásicas en la buena acepción de la palabra. Se caracterizan por la sencillez y espontaneidad. Verdaguer estaba enamorado de la forma popular, y todos sus trabajos están impregnados de su aroma, tomando, empero, alto vuelo la fantasía del poeta. Su riqueza y galanura del lenguaje no han sido superadas por nadie entre los escritores catalanes.

Abundan entre las poesías de Verdaguer los ejemplos de dulzura y armonía, que por lo musicales pueden compararse á las más bellas muestras de las lenguas italiana y castellana.

Su imaginación, que dominaba, fué creadora y potente en términos que se hace difícil, tal vez imposible, hallar reminiscencias de otros autores, por entre el riquísimo caudal de bellezas retóricas y de formas diversas que avaloran la obra del gran poeta catalán.

Escribió con sinceridad, sin afectación, y expresando sentimientos propios, resultando siempre personalísima y original toda producción de mosén Verdaguer.

.....

Pero el hombre vivió en una sociedad cuyo medio ambiente era adverso á sus sentimientos é idiosincrasia. Verdaguer no supo dar importancia al dinero, y la presente organización social no permite sustraerse á su influencia deprimente. Ni tuvo avaricia, ni supo odiar.

Tomó la religión como una necesidad de su espíritu, sin preocuparse del aspecto transcendental de la misma, bajo cuyo prisma tantos fanáticos han crecido y tantas maldades se han perpetrado. Era, pues, tolerante, en términos que contó entre sus amistades sinceras al escéptico y radical Bartrina y al ateo y masón Arús, ambos bondadosos al igual de mosén Verdaguer.

Como poeta soñó; como cura, también. Pero la realidad de la barbarie presente—

(mucho menos civilizada de lo que se pretende)—cortábale el paso cuando daba rienda suelta á los impulsos de su bondad.

Así, el cura virtuoso y caritativo, chocó siempre con la sociedad en que ha vivido, y hubieran de reñir con él precisamente las clases altas, aquellos que en vida debieran ser sus más fervientes admiradores; si no tomaran el cristianismo como un pretexto para disimular sus concupiscencias.

Y no obstante los cantos del poeta, con estar fuera de la realidad,—tal vez por esto mismo,—fueron siempre admitidos y celebrados. Son la expresión pura de un artista de primera magnitud, pero también de un ingenuo, de un cándido, y la obra literaria puede tolerarse porque recrea los sentidos y no castiga el bolsillo, como su excesiva protección al desvalido.

Fué Verdaguer un místico cristiano, que á principios del siglo xx sentía las cosas del Cielo y del Paraíso con el fervor de un creyente primitivo.

¡Cuán grande hubiera sido su influencia,—bueno y sabio como era,—si la musa del poeta, estando más atenta á la realidad de la vida, hubiese cantado vislumbrando el Amor, la Justicia y la Libertad con que sueñan para lo porvenir los generosos y altruistas de nuestra época!

E. CANIBELL.

---

## *El corazón del artista*

---

Hombres, ¿sabéis lo que hay encima de todos los ideales, con sus luchas y sus odios y sus lágrimas? Sin duda alguna que por sabido lo tendréis olvidado, pero dejadme ¡oh mortales!, que yo lo cante, para darme la satisfacción moral de rendir este homenaje al poeta y al hombre que murió víctima de la maldad, no por los efectos de la maldad misma, sino porque el pobre poeta tuvo corazón para sentir, en amor á los demás, que aquélla se cebara en el sér más inofensivo de la tierra.

Existe allá, en la cúspide de nuestra ideas más elevadas y en la pureza de nuestros sentimientos más puros, un sentimiento y una idea que ninguna religión ni partido monopolizan, y que admiran cuantos aman, cuantos pueden amar, cuantos tienen la dicha de amar.

¿Cómo llamaremos á eso? ¿Bondad?, no basta. ¿Honradez?, tampoco basta..... No sé cómo explicar este carácter moral que á todo el mundo enamora y que hasta deslumbra y anonada á sus mismos perseguidores, á esos desgraciados de corazón seco y alma fría.

Mezclad la bondad del sér más bueno y la honradez del hombre más honrado, con la sinceridad y sencillez del racional más sincero y sencillo; concebid después, aproximadamente, un individuo de tal naturaleza, y habréis aproximado vuestra concepción al carácter moral de que hablo, que está y debe estar por encima de toda contienda de ideas y de todo odio de partido.

Así era Jacinto Verdaguer, y yo, que odio al sacerdote, porque todo sacerdocio es impostor; yo, que odio al apóstol, porque todo apostolado es idólatra, me descubro ante el alma sencilla, honrada y buena del poeta que lloró eternamente, cuando no la desventura del mundo, la que siembra el sectarismo negro, como otros han llorado las desventu-

ras que hace el sectarismo rojo. ¡Ah!, también hay personas malas entre las que sustentan doctrinas de amor y de justicia!

¿Y para eso nacemos, para maldecirnos y deshonrarnos mutuamente? A veces hasta llego á dudarlo.

Si no han naufragado todos mis ideales y todas mis ilusiones y todos mis optimismos en este mar incesantemente revuelto de la sociedad presente, débese, no á un ideal de amor, porque todas las ideas son de amor y todas cobijan hombres que odian, sino á ese amor que no es anarquista ni autoritario, católico ni ateo, monárquico ni republicano; que es amor únicamente, y que Jacinto Verdaguer nos demostró que hasta podían sentirlo los creyentes en dioses vengativos y los defensores de religiones crueles.

Si después de las religiones que queman herejes y de los partidos que fusilan facciosos y de los patriotas que devastan naciones, y de los sistemas que martirizan hombres y de las sociedades que niegan el pan y el agua á sus adversarios, podemos aun presentar ejemplares como Jacinto Verdaguer, ¿de qué condición tan hermosa será el hombre!

Porque es preciso sustraernos á todo lo presente y leer mentalmente en las montañas y en los mares, en la humanidad y en la historia. Grabados están en todas partes y en grandes caracteres los hechos del hombre. Descendemos de guerreros ó de santos. En la catedral de San Pablo, de Londres, una de las maravillas artísticas del mundo, no hay santos; pero hay guerreros. En la catedral de San Pedro, de Roma, otra de las maravillas con que cuenta el arte mundial, no hay guerreros; pero hay santos: gente toda que se dedicaba á matar; unos la materia, otros el espíritu.

Y aquí tenemos, de una parte, al arte arquitectónico y al escultórico dando abrigo y ensalzando las virtudes de la destrucción y de la servidumbre, y de otra, la santidad y el heroísmo, representados por verdugos de los demás ó por verdugos de sí mismo.

Y si somos una humanidad que surge de la represión y de la matanza, que en la represión y en la matanza se educa, que no tiene más historia que la religiosa y la guerra, con todas sus crueldades y venganzas, ¿de qué metal ó de qué hojas será la corona que habremos de poner en las sienes de caracteres morales como Jacinto Verdaguer?

¡Si es maravilla qué el hombre histórico como el presente, sea como es de bueno! ¡Si es extraordinario que un ser que tiene el origen del nuestro, piense en otra cosa que en la muerte! ¡Si es sorprendente que nos preocupemos de escuelas integrales, de sociedades justas, de grandes amores!

Y si nos preocupamos de estas bellezas morales que son la base de toda belleza artística, porque no hay arte donde no hay un propósito elevado y noble, en el crepúsculo de una tempestad de fuego, sangre y lágrimas, que tuvo por trueno el chocar de las lanzas y el estruendo de los cañones, ¿cómo no hemos de creer que un hombre de tal historia y origen, que le quedan energías para pensar en el bien, en la justicia, en la belleza y en el amor, no ha de poder constituir la sociedad que los anarquistas defendemos?

Al poeta y al hombre rinde hoy tributo de amor estotro hombre que no es poeta, pero que adora la poesía de los corazones y de las almas y el arte de los grandes propósitos y la justicia de las grandes causas.

Y tú, sencillo y bueno Jacinto Verdaguer, cuenta que has ganado algo con haber perdido el apoyo de los magnates de la Iglesia y el de los hipócritas de la beatitud, y con haber obtenido simpatías y dolores como los míos, por tus penas de poeta y por tus sufrimientos de hombre.

FEDERICO URALES